

mundo, y es vergüenza que nos dejemos gobernar por eunucos», en clara alusión al gobierno de Sagasta y al desesperado intento de Moret por dar a destiempo autonomía a la isla. En víspera de la derrota se leen en la prensa madrileña versos tales como: «Tienen los *yankees* orgullo/ y también tienen millones,/ ¡mas no tienen una cosa/ que tienen los españoles!<sup>8</sup>».

Ese machismo ultranacionalista y los intereses de clase llevarían a la isla el mayor ejército que jamás atravesó el Atlántico, un ejército condenado a la enfermedad, el aniquilamiento y la derrota. A lo largo de 1898, en medio de un clima dominado por un nacionalismo trasnochado, pocas voces se sumarían a las justas denuncias de «Clarín» y Pi y Margall. Una de aquellas escasas voces propias fue la del periodista político Luis Bonafoux, paradójicamente encarnizado enemigo literario de «Clarín». Maestro en el arte del panfleto o la diatriba, Bonafoux muestra, sin embargo, singular nobleza y lucidez ante los acontecimientos del desastre, condenando, a partes iguales, el mal gobierno de España y el ambicioso expansionismo norteamericano. Tiene la valentía de calificar de «asesinato» la muerte de Rizal, el héroe filipino. Aludiendo al problema de Cuba, escribe: «En la cuestión hispano-norteamericana hay dos cuestiones: la de Cuba y la de los Estados Unidos. Cuba humillada, explotada y escarnecida, antes y después de la paz de Zanjón, tuvo razón en pedir con las armas en la mano el derecho a la existencia; y aunque vivo de mi pluma, y mi pluma es la de la prensa española, defendí aquel derecho en los periódicos de Madrid, no como insurrecto cosmopolita; y no sólo por el bien de Cuba, sino, así mismo, por el bien de España y más aún que por España y Cuba, por el derecho y la justicia. Cuba tuvo razón en protestar contra los gobiernos de la Metrópoli, como lo tendrían, en su caso, Soria, Cataluña, Andalucía, etc...; y claro está, que concediendo a estas provincias el derecho a pedir a tiro limpio el mejoramiento de su estado social, hay que concedérselo también a la isla de Cuba»<sup>9</sup>.

Los grandes escritores de la Restauración, exceptuando a «Clarín», callan ante la pérdida de Cuba. Valera, en el prólogo a su *Morsamor*, propone regresar a las esencias del Siglo de Oro. Galdós terminó la última serie de sus *Episodios Nacionales* con *Cánovas*, sin llegar a tocar directamente el tema antillano, aunque América como

<sup>8</sup> *Vide nota 1, p. 336.*

<sup>9</sup> *Introducción a Cancionero del 98, p. IX.*

horizonte está presente en la trayectoria de varios de sus héroes novelescos. Parece haber en esa generación una especie de sentimiento de fracaso, de desazón, ante unos hechos muy dolorosos, que la lleva por lo general al silencio. Por el contrario, dos cuentos sumamente significativos, *El Rana*, de Leopoldo Alas, y *Poema humilde*, de Emilia Pardo Bazán, reflejan, de manera patética y desesperanzada, el reflejo que el Desastre dejó en los escritores mayores de esa generación. La guerra de Cuba y su pérdida sí atrae el interés novelístico de una serie de escritores realistas y naturalistas, «más o menos menores», como señala Antonio Prieto en su trabajo «El testimonio de Cuba en la narrativa», «que se conducen testimonialmente dentro de un cauce tangencial a las memorias»<sup>10</sup>. En el terreno de la lírica, y frente al dudoso gusto del mencionado *Romancero del 98*, aparecen tres grandes cantos que representan otros tantos momentos clave de este periodo: «Els adéus» (1896), «Oda a España» (1898) y «Cant del retorn» (1899), y, como indica en su último libro Manuel Moreno Friginals<sup>11</sup>, evocan los doscientos mil soldados enviados a la lucha, la quiebra de la vieja retórica del honor patrio, la inútil sangre derramada y el regreso desesperanzado a España de los que conservaron su vida. Unamuno reconocería en 1899 que los cantos de Maragall eran, en el plano lírico, la notable excepción a un silencio que denotaba una suerte de muerte cultural colectiva<sup>12</sup>.

El Rana, combatiente en la guerra de los diez años, «en la otra guerra» de Cuba, nos dice en su relato «Clarín», es ahora «el borracho más popular de su pueblo». Voluntario del heroico batallón de la Purísima, anarquista ético, albañil dimisionario, no admitía broma alguna en lo tocante a su heroísmo ultramarino.

Una fría mañana de diciembre el Rana acude a la estación para despedir a un grupo de parias, «voluntarios que embarcarían en La Coruña con destino a Cuba». Una semana antes la ciudad entera había despedido con todos los honores a un batallón de infantería, camino de la guerra. Pero ahora no hay nadie y los pobres voluntarios, compañeros de calle del Rana, lo acogen con entusiasmo:

— «Bien por el Rana. ¡Vivan los patriotas de la Purísima!

<sup>10</sup> Cuba, Puerto Rico y Filipinas en la perspectiva del 98. *Ed. Complutense, Madrid, 1997*, p. 237.

<sup>11</sup> Cuba España. España Cuba. *Editorial Crítica, Barcelona, 1998*.

<sup>12</sup> *Vide nota 1, p. 337*.

- Alabada sea ella. Pero, el podrido obispo, ¿por qué no viene hoy a echar bendiciones? Y, el alcalde, ¿para cuándo deja los puros y los vivas?....
- ¡Porque sois la hez, Queso! Esto es una limpia... Os barre el hambre, os echa a morir, a la alcantarilla, a la manigua, la necesidad... Y, claro... los señoritos, los burgueses... no se levantan de la cama a la hora que barren los barrenderos del Ayuntamiento...»

El Rana no se puede creer que ni una sola de las fuerzas vivas locales esté presente, siquiera fuera en el último momento, para decir adiós a los parias. Así que, cuando arranca el tren, lanza una tremenda perorata contra la infame sociedad burguesa y, en un arranque de generosidad, arroja sus escasos pitillos por las ventanas de los coches que ya se movían.

Así termina *El Rana*, que «Clarín» incluirá en su colección de cuentos *El doctor Sutilis*.

El relato de «Clarín» refleja, en su patetismo tragicómico, una realidad social lacerante en la España de la época donde, a pesar del patriotismo general de opereta que reina en el país, empezaban a surgir protestas populares contra el clasista servicio militar, ya que por mil quinientas pesetas un joven se libraba de ir a filas, con lo que la guerra y la posible muerte se reservaba a los trabajadores, incapaces de lograr semejante cifra, a los pobres parias del cuento de «Clarín».

Parecidas circunstancias encontramos en el otro relato antes mentado, *El poema humilde*, de la Pardo Bazán, que recrea los amores de dos jóvenes aldeanos, pronto convertidos en soldado y criada. Ahora sólo se ven los domingos y ambos van perdiendo el color sonrosado que da la vida campesina: «—Cómo branqueas, Mariñina». «—¡Y tú qué blanco te tornas!». Se dicen, riéndose, en su acostumbrado encuentro semanal. La amenaza de la guerra se cierne sobre la pareja. Marina trabaja duramente para que la dejen salir todos los domingos y pueda reunir algunas pesetas que le sirvan para poder afrontar su incierto futuro. «Lo peor es que aquello de la guerra tenía que venir, y vino; se necesitaba más gente allá, en la tragona Isla que ya había devorado tantos miles de cuerpos jóvenes y vigorosos, como el horrible Lupus dicen que devora la carne fresca que le aplican».

Y Adrián, el soldado, es embarcado para Cuba, como tantos otros rapaces del lugar. Al principio llegaban las cartas, luego cesaron. Marina sospecha que Adrián sigue vivo pues no aparece aún entre las bajas.

Cada vez que llega a puerto un barco de la isla, ella está allí. Cada vez llegan más soldados heridos, enfermos; cada vez son menos los que pueden valerse por sí mismos. Un día se entera de que va a entrar a puerto un buque fantasma, cargado sólo de muertos. Corre hacia el muelle. Se abre paso como puede entre la multitud. En una de aquellas camillas, «branco» como la muerte, expira su amado «al beber el primer aliento de la costa nativa».

Estos son –Marina, Adrián, el Rana– los elementos constitutivos de la verdadera intrahistoria, las víctimas de quienes planifican la historia desde sus cómodos despachos.

En su artículo «El negocio de la guerra», publicado en agosto del 98, Unamuno nos hace ver que los intereses de los capitalistas españoles, que habían suscrito un empréstito de guerra de 600 millones, coincide con los de los hacendados norteamericanos que, sabedores de la destrucción de la zafra cubana, pensaban subir el precio del azúcar: «Por paradójico que a muchos pueda parecerles –comentaba Unamuno–, es lo cierto que las guerras suelen ser una sangría que alivia las crisis del capitalismo a expensas de la salud general del organismo social entero»<sup>13</sup>. Y, en la línea de los humildes personajes de Pardo Bazán y «Clarín», al reseñar la famosa obra de Joaquín Costa *Coleccionismo agrario en España* ese mismo mes de agosto para el rotativo socialista bilbaíno «La lucha de clases», señalaba Unamuno que los lectores «allí verán cómo el régimen del Concejo de Liébana, por ejemplo, es mucho más glorioso para España que la rendición de Breda».

Aludíamos antes a que es en la obra de los realistas menores donde hallamos mayores testimonios de la guerra de Cuba. Según el trabajo citado de Antonio Prieto y Nieves Algaba, cuatro escritores inscritos en esa prolongación del realismo finisecular centran sus novelas en torno a la pérdida de Cuba: Aurelio Pérez Zamora, José Nogales, Francisco de Ulacia y Manuel Ciges Aparicio. Curiosamente ambos investigadores omiten al naturalista Eduardo López Bago, autor, como indicábamos al comienzo de estas líneas, de *El separatista*<sup>14</sup>. Naturalista radical, López Bago vive en La Habana de los años noventa e intenta dar una visión objetiva del conflicto, desde una óptica moderada. *El separatista* aparece en La Habana en mayo del 95 y el marco de su acción

<sup>13</sup> José Carlos Mainer: «Memorias del 98», en *Crisis de fin de siglo y literatura*, Madrid, 1992, pp. 293 y 294.

<sup>14</sup> Vide nota 2.